

ST
Ca. 14/28



SP. 19/28

22

Folleto n.º 22

LA IGLESIA

Y

LOS OBREROS,

EN EL SIGLO XIX,

POR E. M.

As. de la Imp. de la

PALENCIA.—1869.

IMP. Y LIB. DE PERALTA Y MENENDEZ

DON SANCHO, 13.

LA GLEBIA

LOS BREROS

BY W. S. W. W.

1888-1889

SP. 2014/28

LA IGLESIA
Y
LOS OBREROS,
EN EL SIGLO XIX,

POR E. N.



PALENCIA:—1869.

IMP. Y LIB. DE PERALTA Y MEMENDEZ
D. Sancho, 13.



ADVERTENCIA.

Entre las importantes cuestiones que ha suscitado en España la Revolucion de Setiembre, no es la menos trascendental ni la menos fecunda en consecuencias prácticas la cuestion obrera.

Elocuentes oradores en las Córtes y órganos importantes de la prensa, han saludado el advenimiento á la vida pública del cuarto estado, como uno de los mas característicos y preciados frutos de la Revolucion.

Nosotros no lo sentimos, pues no abrigamos prevención alguna contra los obreros. Por el contrario, aun prescindiendo de los motivos religiosos que tan amable nos hacen la vida pobre y laboriosa, y tan queridos á los que ocupan en el mundo la misma posicion que para sí eligió Jesucristo, nuestro Dios y Señor, la clase obrera nos ha inspirado siempre las más ardorosas simpatías; sea porque tenemos en ella afecciones que nos son muy caras, sea porque tambien somos nosotros obreros modestos de la inteligencia, obligados á proporcionarnos el diario sustento con nuestro honrado trabajo.

Pero al salir en España los obreros á la vida pública, lo han verificado con tendencias estrechamente alarmantes. En la sesion celebrada en M. el Domingo último, 4 de Julio, por la *Asociación para la reforma de los aranceles de aduanas*, fueron los obreros sus aspiraciones y deseos, dolor les hemos visto seguir las huellas de las manos de Suiza, Bélgica y Francia, y declarar guerra abierta contra Dios, contra la prop

contra el gobierno (1). Una vez generalizadas estas tendencias, nadie puede dudar que son una imponente amenaza y un peligro constante para la sociedad.

En semejantes circunstancias, creemos que pueden no ser del todo inútiles las sencillas y breves consideraciones que ofrecemos al público, tomadas en su mayor parte de un discurso sobre el mismo asunto del elocuente y sabio Obispo de Ginebra, Mgr. Mermillod.

(1) *El Imparcial*, 6 y 7 de Julio 1869.

LA IGLESIA Y LOS OBREROS

EN EL SIGLO XIX.



I.

Todos los grandes impulsos del corazón humano tienden á Jesucristo, Redentor adorable de nuestras almas, á la vez que las mezquinas y estrechas concepciones de la inteligencia del hombre le separan de este fin sagrado, de este término final.

El corazón humano se eleva de en medio de sus sufrimientos, de su soledad, de su miseria, y se dirige á Aquel que pueda darle la familia, la riqueza, la dignidad. Si Jesucristo es el seguro abrigo de los desamparados, de los desesperados y de los despreciados, es también

el principio sólido y fecundo de toda vida social.

El error y el fatalismo asoladores de la revolucion impulsan á los hombres por impetuosa corriente, á buscar en sí mismos las soluciones eternas que les faltan; pero sin Jesucristo, todo es objeto de discusion y de duda en el corazon y en la sociedad.

Entre las pavorosas cuestiones que abruman con su peso la inteligencia humana, nuestro siglo ve levantarse ante él el terrible problema de la desigualdad de las condiciones. En él está el nudo de las dificultades actuales, el enigma propuesto al mundo moderno por las ideas y por las cosas.

Sean cualesquiera las ilusiones que nos hagamos sobre nuestra feliz tranquilidad, si nuestros resplandores revelan de tiempo en tiempo la profundidad del mal que nos amenaza, dejándose ver entre el rico y el pobre un antagonismo inmortal, sordo y latente algunas veces, otras más público y formidable.

Através de la agitación actual, el ojo que quiere penetrar hasta el fondo de las cosas, percibe bien pronto que la cuestión social será la última palabra de todas nuestras luchas. Todos confesamos que vivimos en una época de transición, que la vieja sociedad está arruinándose, y formándose una nueva sobre sus escombros. De aquí proviene la duda y la vacilación: arriba existen vivas alarmas, abajo ardientes y apasionadas aspiraciones. Se deslindan los campos; y toda la cuestión consiste en si se librará la batalla, ó se formará un tratado de paz entre los ricos y los pobres.

Las instituciones cristianas y nuestra actividad personal deben aportar su poderoso concurso para la solución pacífica de este complejo problema. Porque si á nuestro siglo le cabe el honor de plantear estas grandes cuestiones que afectan á toda la humanidad, también la Iglesia tiene el indisputable honor de sondearlas con valor y resolverlas con energía.

¿Quién sino ella tomará la mano del que

tiene y la mano del que trabaja para unir las?

A la luz de sus enseñanzas es como vamos á intentar examinar la situación actual de las clases obreras, la influencia de la Iglesia en su bienestar, y los deberes que en las presentes circunstancias incumben á las clases acomodadas.

II.

¿Cuál es la situación actual de las clases obreras? ¿Cuáles son sus peligros y los de las clases acomodadas? ¿Son una amenaza á la sociedad?

La desigualdad de condiciones es un hecho social y necesario. El espíritu humano ha querido revelarse cien veces contra la necesidad de este hecho, pero subsiste á pesar de las unánimes protestas. ¿De donde viene esto? ¿Por qué ya desde Adán, hay hombres que por su nacimiento, por sus antepasados, se encuentran rodeados desde la cuna de todas las comodidades de la vida y de los miles refinamientos del lujo; mientras que otros, desheredados de bienes y de honores, viven en miserables chozas, y muy á menudo, no tienen con que sustentar su miserable existencia? ¿Cuál es la causa de tan extraño fenómeno?

La solución más antigua es la de los Indios, que clasificaban los hombres en diferentes castas; los sacerdotes, según ellos, habían salido del cerebro de Brahma y, en su virtud, tenían derecho á ocuparse en los trabajos de la inteligencia, de la ciencia y de las artes. Había otros que habían salido del pecho, eran los guerreros, los defensores de la patria; otros habían salido de los muslos, eran los labradores é industriales. Los menos privilegiados habían salido de los piés, eran los artesanos y trabajadores. Todos, sin embargo, tenían en esta genealogía un reflejo de la divinidad.

El mundo pagano encontró otra solución: dividió la especie humana en dos clases, hombres libres y esclavos. Jamás debemos cansarnos de ponderar el envilecimiento del esclavo en el seno de las sociedades antiguas. Los mismos filósofos se preguntaban si tenían alma, y eran á sus ojos, más bien una propiedad que una persona. *Non tam persona quam res.*

Entonces vino Jesucristo, el amigo cons-

tante de las almas, el protector de todos, de los pequeños y de los humildes como de los demás. Al contemplar la humanidad la vió dividida en dos campos, y bajando de las alturas celestes, fué á ocupar su puesto entre los humildes y los desamparados. Se desposó con la pobreza, la ennobleció: proclamó en Belen la dignidad de la pobreza y en Nazareth la nobleza del trabajo. El pueblo no ha cesado, despues de la venida del Redentor, de caminar al mejoramiento de sus destinos: la antigua é inmortal levadura del Evangelio se agita en sus entrañas y le empuja á progresar constantemente.

La esclavitud antigua formaba una unidad social, unidad impía, pero incontestable. En la edad media el siervo de la gleba, el antiguo esclavo, se convirtió en el trabajador que organizaba las corporaciones obreras. Una gerarquía universal, una coordinacion de fuerzas, una solidaridad general unia á todos los miembros de la sociedad. El obrero tenia su puesto de honor en estos tiempos de fé. Acudia á la Iglesia que

había levantado con sus manos; se arrodillaba con el rico al pié de los mismos altares, cantaba los mismos cánticos, vivía en la misma fé, en la igualdad sublime de doctrinas, de esperanzas y del amor cristiano.

Llegó el siglo diez y ocho saturado de ideas perniciosas y de prohibidos placeres. Pero imbuido á la vez de aspiraciones generosas, se apoderó de la antigua sociedad, la derribó, hundiendo con ella todas las instituciones antiguas con sus abusos, pero también con sus ventajas. Se proclamó la independencia del individuo, fué destruida la solidaridad, el hombre quedó *libre*, pero también quedó *solo*.

La libertad y la independencia no son bastantes para un ser enfermo, constantemente perseguido por la necesidad de proporcionarse alimento y abrigo; á consecuencia de todas las heridas que produce la concurrencia en el campo del trabajo, á consecuencia también de algunos desórdenes, las necesidades materiales no pueden ser satisfechas; el obrero ha levan-

tado la cabeza, y no viendo á Dios, porque se le han ocultado, ve á sus semejantes que viven en la abundancia, y les considera como la causa de sus dolores.

El sentimiento de la igualdad ha hecho grandes progresos en las sociedades modernas; las desigualdades que aun subsisten provocan á menudo quejas, que no suscitaban antes las distinciones más monstruosas. No teniendo ideas cristianas, los desheredados de la fortuna no pueden comprender ni aceptar el trabajo y los sufrimientos. Para ellos, como para los felices del mundo que no creen en el Evangelio, el dolor es un misterio, y por lo mismo que su razon es impotente para responder á los argumentos de la ciencia social, su corazon protesta y se revela contra las superioridades que gozan. El peligro se aumenta y agrava por las ideas, costumbres y adelantos que forman la atmósfera de la sociedad actual.

III.

Dos corrientes de ideas se forman al rededor del obrero, lá una le rebaja, le eleva la otra, y ambas le seducen cuando las creencias no sirven de contrapeso á estas nuevas fuerzas.

Le envuelve el materialismo, presta oído á los movimientos del pensamiento, y oye negar á Dios, combatir la existencia del alma; y cuando levanta sus ojos hácia Aquel á quien llamaba su padre, cuando busca en su interior las grandes y sublimes aspiraciones de la fé y del amor, no encuentra más que su corazón vacío, y el cielo aun más vacío todavía.

Escucha á soñadores que le ofrecen utopías, oye teorías y sistemas deslumbradores que prometen la felicidad, nacidos en la cabeza de hombres de buena fé ó de ambiciosos que pro-

curan adulándole su engrandecimiento. Cubierto el cuerpo del sudor, pobre el alma en convicciones, el corazón llagado, el espíritu sumido en la ignorancia, se deja embriagar por teorías seductoras, y cree buenamente que su suerte ha de venir de la misma sociedad que le desdeña.

Hemos indicado otro peligro, el progreso material. Nosotros le saludamos con alegría, pero sin ver en él el elemento exclusivo de la civilización. Jamás ha despreciado la Iglesia la materia, ella la bendice como á criatura de Dios que debe servir al alma para servir á su autor, ella santifica el cuerpo humano á su entrada en el mundo y ella le bendice al dintel de la eternidad al depositarle en el campo del reposo.

La industria en su maravilloso desenvolvimiento no es otra cosa que un pedazo del cetro de Adán, roto por su caída en los días primitivos del Eden. Dios puso en su presencia la creación entera y le dijo: Reina, gobierna y

sé soberano de estos elementos que coloco bajo tus manos y bajo tus piés. Pero en el momento de la catástrofe original, el Señor le recordó la ley del trabajo, como una ley fecunda y expiadora: *Comerás el pan con el sudor de tu frente.*

El obrero es el artista sublime de estas maravillas que nos encantan y sirven á la vez; amasa la materia con sus poderosas manos, la tuerce, la comprime, la teje despues; construye esas locomotoras que parecen animadas en sus rápidas carreras; se apodera del vapor y le convierte en su dócil sirviente; y ante el espectáculo de la materia sujeta, gobernada y transfigurada, se contempla con orgullo y dice: *Esta hermosa obra es producto de mis manos.* El hombre del campo, al abrir el surco que no ha de producir la mies por si mismo, mira al cielo, y al levantar la cabeza oye la campana de su iglesia; el firmamento con sus astros, las elevadas cúpulas del santuario, todo le habla de esperanzas benditas, dulce contrapeso

de su pobreza; pero el obrero, envuelto en el humo de las máquinas, y entre el ruido atornador de los martillos, no percibe siquiera ese punto azul del firmamento que sonríe al pobre; su mirada no descubre otra cosa que la actividad del hombre; admira el trabajo de la criatura; pero nada sabe del trabajo de Dios.

No puede negarse que el progreso material, que favorece incontestablemente al obrero, crea, sin embargo, más tentaciones que ventajas, y que, en consecuencia, el inmenso desarrollo de la industria no deja de ofrecer peligros.

Hay otro progreso, que podemos llamar social, y es el que se relaciona con el desenvolvimiento de las fuerzas de la inteligencia. Las clases populares aumentan cada día en ilustración, y la instrucción se difunde cada vez más entre ellas. En todas partes se las ve reclamar una educación mejor y más completa.

Existe además un progreso social que debe tenerse muy en cuenta; tal es el sufragio uni-

versal, en cuya virtud el voto del obrero pesa tanto como el del gran señor en la balanza de nuestros destinos. El obrero se considera como una individualidad poderosa, tiene la conciencia de su propio valer, y en su consecuencia, siente su fuerza, y al apreciarla dice: La sociedad reposa también sobre mí y cuenta conmigo.

IV.

En presencia de estas ideas que seducen al obrero, en presencia de estos progresos que exaltan su fantasía, en presencia de este poder que él sabe que posee, están las costumbres: costumbres que parecen á veces una resurrección pagana. Cuando vuelve los ojos á su derecha y á su izquierda, y ve el exorbitante lujo, siempre en aumento, y la infinidad de placeres de que disfrutan las clases superiores; cuando la prensa le inicia en los rumores de los escándalos de arriba, en la alegría de sus fiestas, en el esplendoroso brillo de sus reuniones,—si no tiene en el fondo del corazón la fé que ennoblece el trabajo,—contempla á la vez las angustias de su pobreza y esclama; «Yo »he edificado esos palacios; yo he armado la »mesa de esos festines; mi hija ha hecho los

»adornos de esas mujeres: dichosos favorecidos
»por los goces y la fortuna, todo el día estoy
»trabajando para vosotros: las noches no me
»traen tregua ni alivio alguno, el domingo no
»me proporciona el dulce y saludable reposo.
»Ni en el taller, en el que mis ardorosas lágrimas
»se juntan con mi sudor para preparar
»esas fiestas, ni en mi cabaña en la que apenas
»tiene mi familia un pedazo de pan escaso y
»amargo, ni en ninguna otra parte, encuentro
»á la Providencia que cuente los latidos de mi
»corazón y los cabellos de mi cabeza, ni á Je-
»sucristo para consolar y esforzar mi alma.»

Entonces experimenta el obrero una fascinación terrible: en las profundidades de su irritado corazón se forman envidias inextinguibles, ambiciones sin freno, ódios apasionados; reconcentrado en sus instintos terrestres, su corazón exhala quejas salvajes, se entrega á los aduladores que se acercan á él y le repiten palabras llenas de tempestades, palabras que suenan en sus oídos como un

toque de rebato. «Si, le repiten los utopistas ó los ambiciosos, levántate, obrero, de tu deshonra y de tu trabajo maldito; eres solo en la independenciam de tu trabajo, pero estás abandonado; no gozas de tu sudor fecundo, eres un *desheredado* de las alegrías humanas; otros viven de tu actividad y saborean el fruto de ella; tú estás siendo *explotado*.»

¿Qué pavorosos peligros no resultarán de aquí, si á esta seduccion fatal se unen ademas otros estímulos? El obrero no quiere recibir la limosna que le humilla, la proteccion que le sostiene; tiene sus libros, su prensa, sus relaciones universales; sirviéndose de las formas políticas de nuestra organizacion social, tiene tambien sus sociedades secretas, verdadera confederacion internacional del odio; para él no existen Océano, Alpes ó Pirineos, no quiere limitarse á un estrecho patriotismo nacional; está fascinado por las palabras mágicas *advenimiento de la justicia, reinado de la humanidad, solidaridad general*; desnaturaliza las

ideas generosas del Evangelio, toma al Cristianismo sus nobles y santas aspiraciones; pero al arrancarlas del suelo que las ha producido, de la sagrada cantera de la que han sido extraídas, no hace de ellas mas que montones informes de verdad, los brillantes y terribles errores del socialismo, y no las hermosas y fecundas claridades del sol cristiano.

No se tache esto de exageracion; es inútil cerrar los ojos ante el abismo; con esto no se le ciega, ni se le evita; los peligros no se conjuran con no querer mirarles. Contemplemos sin terror y sin demasiada inquietud la situacion que las ideas, las costumbres y el progreso nos han formado. El movimiento de las clases obreras se nos aparece como un torrente que baja de las montañas, y que á su paso puede destruirlo todo, sembrando la ruina y desolacion universal. Pero á la Santa Iglesia Católica toca salir á su encuentro; levantar diques, canalizar estas impetuosas corrientes, y hacer de ellas en el siglo diez y nueve un rio poderoso y fecundo.

No hay que hacerse ilusiones; sino se celebra entre las clases elevadas y las obreras un tratado de paz, continuará entre ellas un duelo sangriento y fatal. Todos debemos contribuir á esta obra de valor, llevando á ella toda la caridad del Evangelio y la abnegacion del corazon; y en esta hora crítica de grandes luchas, de vivas alarmas, pero tambien de nobles esperanzas, habremos sido fieles servidores de la verdad, útiles instrumentos de la caridad, asociándonos á la sublime y dulce mision de Jesucristo, restaurador de todas las cosas y lazo de union de las almas.

V.

Tal es el temeroso problema, cuyos peligros aumentan cada día. ¿Cual será su solución?

¿Se encontrará en la familia? La familia es sin duda alguna la paz, la alegría y el honor del obrero; pero desgraciadamente se ha procurado descristianizarla. Ya no es para el obrero el hogar bendito en el que reposan las almas y se unen los corazones en la comunidad de la oración y del amor cristiano; no encuentra en ella la vivificante alegría de las santas convicciones; y se aleja de esta mansión, que se le hace penosa, porque se siente incapaz de embellecerla.

En cambio de los goces que proporcionaban al obrero la religión y la familia, la sociedad solo puede ofrecerle insuficientes socorros. La

libertad y la igualdad modernas no pueden compensar la carencia de la fé y las ruinas del hogar doméstico.

La economía social, con el poder de la asociacion, con las sociedades cooperativas de produccion, de crédito y de consumo ha realizado indudablemente generosos esfuerzos; el Estado y la administracion pública tampoco se han desentendido del alivio del obrero. Pero la accion del Estado es por necesidad limitada, su mision consiste en proteger la libre accion del ciudadano, más bien que en sustituirla y reemplazarla.

Todas estas tentativas son buenas, están conformes con las sanas doctrinas de la economía política y tienen derecho al estímulo y ayuda de todas las personas inteligentes.

Pero todo lo que pueden hacer por sí mismas las clases obreras exige años para su realizacion; y el tiempo urge, la sociedad puede ser sorprendida antes que la verdad entre en las ideas y el orden en los espíritus.

La acción del Estado es limitada, el progreso de las clases trabajadoras ha de ser necesariamente lento. ¿Cómo llenar el abismo de desconfianza abierto entre las clases sociales?

A nadie se le ocurrirá apelar á la fuerza. La fuerza puede imponer silencio, pero no crea la paz. Solo el amor cristiano puede unir estos elementos separados, y volver á la sociedad la unidad y la vida.

Solo la Iglesia posee el poder de la reconciliación, porque sólo ella puede dar al obrero las tres cosas que necesita: la ciencia de la vida, el valor de la vida y el honor de la vida.

Contempla el obrero la desigualdad de condiciones; en medio del malestar producido por las divisiones políticas, ve la lucha de las ideas en el campo de batalla de las inteligencias; oye los diferentes sistemas que disputan sobre su cuna y sobre su tumba; sobre su nacimiento y sobre su muerte; y pregunta donde está la verdadera doctrina.

La Iglesia se le acerca, le revela los secre-

tos de la creacion, el gobierno de la Providencia, el origen del dolor. Le habla del pecado original, le refiere la obra de la Redencion; le muestra el cielo; y con estos grandes recuerdos de la caida y de la reparacion, le enseña la ciencia de la vida. Comprende que debe trabajar aquí bajo; que un dia será transfigurado en gloria y en honor; no retrocede ante el instrumento del trabajo, antes bien, le toma y le besa, porque sabe que está tocado por las manos del Redentor.

Su alma se ilumina con las luces del Paraiso perdido, con las claridades de Bethlen, con los esplendores de Nazareth; y envolviendo sus dolores bajo tan ilustres y dulces recuerdos, comprende la vida; sabe que no es más que el camino, el tránsito, la senda que conduce á la gloriosa y amada mansion que se llama cielo. Espera tranquilo y acepta gustoso la desigualdad, porque descubre en el horizonte las perspectivas de lá eternidad.

VI.

La Iglesia dá tambien al obrero el valor de la vida, manifestándole la ley del trabajo. Esta ley hace encorvar á todos los hombres bajo su yugo fecundo. Desde el Papa, colocado en la cima de la humanidad, hasta el oscuro artesano que pasá la vida en las profundidades de una mina, todos estamos sujetos al sufrimiento y al dolor, porque todos participamos de la caída de Adán. «*Homo natus est ad laborem, sicut avis ad volatum.*»

La Iglesia dice al obrero: Estás consagrado al trabajo, hijo mio, pero el trabajo es la nobleza de tu destino. Todo en este mundo ha nacido sujeto á la ley del trabajo, desde el insecto que se arrastra en la arena, hasta el águila que hiende los aires; desde la hormiga afanada en buscar su alimento, hasta el astro

que gira en los espacios; todo está sujeto á esta ley universal.

En el paraiso terrestre trabajaba el hombre en su gloria primitiva; el Hombre-Dios santificaba en Nazareth la ley del trabajo; y al considerar el obrero que no es él solo quien está condenado al trabajo diario, comprende que tiene tambien su puesto de honor en el mundo, y sea cualquiera su carga, la lleva con resignacion sublime, pues la Iglesia le ha inspirado el valor de la vida.

La Iglesia hace todavía más. Reviste al obrero de una dignidad incomparable, y el humilde artesano apoyado en su herramienta, se siente investido de una dignidad personal y rodeado de una aureola que procede de la túnica de Jesucristo. En presencia de todas las dignidades humanas y de las desigualdades sociales, comprende que tiene una mision que llenar; y que el mismo Dios en su infinita ternura y supremo amor, es quien al enviarle á la tierra, le ha confiado el noble apostolado del trabajo.

El mundo aparece ante sus ojos como una vasta basílica, en la que tiene cada uno su vocación marcada y su destino especial señalado por la Providencia. Todo está en su puesto, el príncipe que gobierna el Estado, el sabio que ensancha los límites de las investigaciones humanas, el escultor que de su cincel hace salir la estatua, el poeta que canta sus alegrías ó sus pesares, el sacerdote que corrige y perdona; y también tú, pobre obrero, que trabajas en tu taller ahumado; todos nosotros somos piedras vivas de esta catedral formada de las almas y de los siglos para gloria de Dios. ¿Qué importa que te corresponda estar en los cimientos, si sobre tí se asienta la puerta de honor, la resplandeciente ogiva, los vidrios con sus colores brillantes, la cúpula que resplandece á los rayos del sol? Entona, pues, un cántico de acción de gracias, y bendice á Dios por el lugar que te ha señalado en esta magnífica construcción.

Hé aquí lo que la Iglesia hace por las clases

obreras; difunde entre ellas doctrinas y creencias; bendice sus trabajos; las reviste del honor cristiano, y las asocia á la gran obra del trabajo de Dios en el mundo.

¡Ojalá que ninguna barrera impidiese á la Iglesia acercarse á ellas, derramar á manos llenas el valor y la esperanza, y proporcionarlas el remedio balsámico de la afección y de la dignidad á la vez!

Y sin embargo, las naciones no quieren á la Iglesia; pretenden divorciarse de esta noble madre de las almas y de los pueblos. Pero que al menos la acepten como una auxiliar bienhechora en el campo de batalla en que combaten las ideas y los graves intereses de la conciencia y del trabajo!

Hemos hablado ya de la lucha temible que existe entre las clases pobres y las acomodadas. ¿No la tenemos bien á menudo á nuestra vista? El obrero que ha dejado amontonarse el ódio en su corazón, contempla con amargura y ambiciona con afán el lujo que le

humilla. Maldice á la Providencia; sus labios se abren solo para blasfemar: pero que en el momento mismo de sus imprecaciones contra Dios, pase á su lado una de tantas almas generosas, inspiradas en el espíritu cristiano, que haya abandonado las doradas viviendas y las ternuras de una madre, para cubrirse con el sombrío y triste vestido de la pobreza y de la abnegacion; que tome su mano y le diga: «El Dios á quien blasfemas me envia á tí para que te consuele y para que te ame; he abandonado cuanto constituye el encanto material de la vida; te traigo algo más que el pan de cada dia; quiero ser tu hermana por afeccion, tu hermana por caridad.»

Enternecido el obrero ante semejante lenguaje, y sabiendo por otra parte que la igualdad absoluta no hay que buscarla en este mundo, siente humedecerse sus ojos, une las manos y esclama: «Sí, creo que tengo un Padre en el cielo, pues encuentro una hermana en la tierra.»

Si la Iglesia, en el pleno ejercicio de su poder y libertad, pudiese llenar sin trabas ni limitaciones este noble y grande apostolado, si pudiera acercarse al pueblo y envolverle con su amor maternal, revelarle el sentido, el valor y el honor de la vida, ¿no podrian con razon esperarse dias de paz, y no podriamos descubrir la aurora plácida de un porvenir mejor para nuestras sociedades?

VII.

A parte de ciertas esperanzas exageradas que provienen de las pasiones y, muy á menudo, de influencias culpables, el pueblo tiene aspiraciones legítimas, y debe ser ayudado cuando pretende elevarse por la instruccion, la prevision y el trabajo. La Iglesia y la sociedad cristiana han multiplicado siempre las instituciones destinadas á favorecer este movimiento.

En la actual situacion crítica de las clases obreras, en que con tan perseverante empeño tienden á su mejoramiento y progreso, ¿qué partido tomarán las clases acomodadas? ¿el de la resistencia, el de la abstencion ó el de la direccion?

Si las clases acomodadas intentan oponerse, bien pronto serán derrotadas, y el esfuerzo del pueblo para vencerlas, no hará más que aumentar el poder y la violencia de su caida.

La abstencion dejará engrosar el torrente que, elevándose poco á poco, las cubrirá con sus olas, las sepultará en la arena, y se estenderá siguiendo su inclinacion ó su capricho, sin contar más con ellas, que los vivos cuentan con los muertos.

No queda otro camino que la direccion, para la cual Dios ha dado á las clases acomodadas los privilegios del nacimiento y de la fortuna. Tal es su deber. En tiempos no lejanos de los actuales, nuestros padres daban una noble acepcion á la palabra *servicio*, que antes significaba servidumbre, y despues se hizo sinónima de beneficio. Bajo la inspiracion de la fé, era hasta un honor el *servir*; se comprendian las nociones cristianas del trabajo y las obligaciones de la abnegacion: las letras, lo mismo que las armas, no se avergonzaban de llamarse una *profesion*, es decir, una cosa laboriosa y grande.

Bien se nos alcanza que el pueblo no parece dispuesto á aceptar una mano que le dirija,

pero la verdad es que no está tan decidido como se cree generalmente; el pueblo duda, investiga, oye y acepta sin darse cuenta la influencia que pretende rechazar, con tal que se muestre afectuosa y dispuesta á ayudarle en sus esperanzas y en sus esfuerzos. No hay que hacerse ilusiones, el racionalismo ha organizado su accion sobre el pueblo: escuelas sin Dios, libros en que se enseña el ateismo y la moral independiente, el taller abierto los domingos en vez de la Iglesia, las sociedades secretas, los clubs y los congresos socialistas, ¿no constituye todo esto una vasta red en que se quiere envolver á los obreros y sustraerles de la atmósfera cristiana?

En presencia de tan gigantescos esfuerzos es indispensable que todos los buenos se unan á la Iglesia y consagren su influencia, su fortuna y su experiencia al servicio del pueblo, yendo á él con ideas cristianas, con costumbres cristianas y con desinterés cristiano.

Las ideas cristianas son frecuentemente des-

figuradas por prevenciones injustas; entre el pueblo y las clases elevadas hay mucha desconfianza y falta de inteligencia; abajo se dice con frecuencia que el rico es un vampiro que se alimenta con los sudores del pobre; arriba se mira algunas veces al obrero como un tigre que hay necesidad de sujetar.

De estos dos extremos, tan injustos el uno como el otro, de estas dos alarmas, que no son más que el grito del egoísmo que posee, contestando al grito del egoísmo que no posee, han surgido desconfianzas que hay que hacer desaparecer, repulsiones que es indispensable vencer.

Hay, ante todo, que convencerse de que el pueblo es menos malo que lo que de él se dice. ¿No han salido sus almas como las nuestras de Dios, no están bautizadas en la sangre del Redentor, y destinadas á triunfar con la Iglesia en medio de la magnífica y valiente armada á que están reservados los esplendores del cielo?

Desde el pescador recogido en las riberas del lago de Gennesareth, desde el curtidor que se llamaba San Pablo, hasta S. Francisco de Asis que renunció toda su fortuna, hasta S. Isidro labrador, glorioso patron de la capital de España, ¿no forma parte esta multitud de trabajadores de la armada de la pobreza, que vive y respira en la esperanza de las alegrías celestes?

La Iglesia católica nos manifiesta esta falange de pobres y de trabajadores glorificados en su seno, y nos invita á comprender que hay en el pueblo almas dignas de ser elevadas hasta Dios.

Por otra parte, las necesidades que atormentan á las clases pobres, los sufrimientos que las agitan, las incesantes aspiraciones á que tienden sus corazones, han sido y son la preocupacion constante del cristianismo. Hace diez y nueve siglos que trabaja la Iglesia para levantar á los débiles.

No obstante, estamos en el momento crítico

de una sociedad que se trasforma y que desatiende la acción del Cristianismo porque no la conoce. Sí; la sociedad moderna hace esfuerzos desesperados para pasarse sin el Cristianismo, su intento es organizarse sin él. Pero es un deber en los católicos no permitirlo, resistir estas tendencias; y para ello debemos acercarnos á los débiles y rodearlos con nuestra ternura y nuestra abnegación.

Volveremos á repetirlo: entre las clases elevadas y las obreras hay desconfianza y falta de inteligencia, es preciso no aumentarlas; hay al contrario, que hacerlas desaparecer; es preciso allanar las montañas, rellenar los valles y hacer desaparecer los abismos por el amor. El primer deber de las clases acomodadas es, por consiguiente, aceptar la situación tal cual se presenta, apreciarla en toda su realidad, estudiarla francamente á la luz de las ideas cristianas.

VIII.

Llamamos ideas cristianas á la aceptacion leal y completa del cristianismo. Él es quien ha hecho desaparecer la injusta distincion de los hombres en esclavos y libres; él ha hecho desaparecer esta injusta topografía de la humanidad diciendo á los hombres: Todos sois iguales ante Dios, iguales en dignidad moral, iguales en la misma sangre purificadora en la que todos habeis sido bañados. Ya no hay Judíos, ni Griegos, dice San Pablo, pues todos estais unidos en Jesucristo.

Jesucristo dió esta nueva base á la doctrina social: él dijo al hombre: «serás el hijo de tus obras, serás de Dios, serás del hombre, serás de tí mismo, es decir, de tus acciones.» Esta es la doctrina que ha fundado la independenciam, la nobleza del trabajo y la dignidad del obrero.

Pero hay personas que la han desconocido

lastimosamente. ¿No se ha oído repetir por Europa esta palabra célebre por su ridiculez: *solo los nobles son hombres?*

Sin que se destruyan por ello las nobles tradiciones de un pasado ilustre, las gloriosas genealogías que brillan en la historia; la verdad es, que todos somos deudores á la humanidad de este testimonio, salido de los lábios del corazon de Jesucristo, que los hombres son todos hijos de Dios, que todos descendemos de Adan, y que todos podemos ir al mismo cielo. Estos pensamientos protegen y consuelan al pueblo; las costumbres cristianas le darán el secreto de la fuerza y de la resignacion.

Lo que ha de salvarnos en la crisis social que atravesamos, no es un cristianismo enervado y débil, sino un cristianismo serio y formal, que viva y se encarne en las virtudes que afectan al pueblo, y le inspiran la fuerza y energia que constituye su alegria y su dignidad. Las clases superiores deben guardar una fidelidad inviolable al Evangelio, porque

es preciso, ante todo, que las clases superiores se mantengan al frente de la sociedad, sirviendo de ejemplo á las otras que deben guiar. ¿Qué influencia y qué autoridad podrán ejercer sobre el pueblo si no obran mejor que él? ¿Como enseñarle el verdadero camino, si marchan por estraviados senderos? ¿Con qué autoridad le aconsejarán el trabajo y la prevision, cuando pasan su vida en el abandono é inaccion? ¿Se atreverán á reprocharle que no trabaja el lunes, cuando se están demás toda la semana? No pueden inculpar al obrero de envilecerse y arruinarse en la taberna, los que en círculos y casinos elegantes sacrifican en una noche el honor de su familia y la fortuna de sus padres.

A la vista de las costumbres modernas, que están á la vista de todos, es un deber no hacerse cómplices de la degradacion de la sociedad y no tener dos doctrinas, una para proteger las libertades del rico y otra para bendecir las cadenas del pobre.

No es el Evangelio un simple Misal de la Edad media, ni un discurso de tribuna. Es luz para todos, es el sol que ilumina á el grano de mostaza y á el cedro del Líbano, es la eterna verdad que repite constantemente al rico sus deberes, y al pobre los títulos de su nobleza. Unos y otros deben aprender á amarse; que el amor cristiano hará desaparecer las falsas ideas y las repugnancias bárbaras.

El Evangelio nos dice que todos, ricos y pobres, somos hermanos, completamente semejantes y absolutamente iguales; no hay una virtud, un vicio y un derecho que no nos sea comun. Todos sin escepcion estamos sometidos á la ley del trabajo, y los ricos más especialmente, no pueden sustraerse á ella, pues han recibido ya de antemano su salario, como decia un piadoso Obispo.

Acerquémonos al obrero con abnegacion cristiana, vayamos á él como á nuestro igual ante Dios, para ayudarle sin humillarle; traté-

mosle con franqueza y cordialidad; pongámosle delante el Evangelio en accion; y al punto cesarán las prevenciones y habremos ganado su corazon. El corazon es omnipotente en él, y posee en él todas las virtudes.

El pueblo, más que nadie, tiene las virtudes del corazon; cuando nosotros damos lo superfluo, él dá lo necesario. ¡Con qué frecuencia se le vé adoptar un huérfano estraño, cuidar con el mayor esmero al vecino enfermo, prestar cantidades cuya restitucion es muy dudosa! (1)

(1) Aunque nuestro ánimo al escribir estas páginas, es solamente hacer algunas consideraciones generales, cuya demostracion y desenvolvimiento dejamos á la ilustracion de los lectores, de entre los muchos hechos que pudiéramos alegar en comprobacion de lo que dejamos apuntado, queremos citar uno ocurrido recientemente con un amigo querido.

D. Genaro Espino, digno párroco de Santa María de Rioseco, se hallaba en Abril último postrado en el lecho del dolor, víctima de una penosísima enfermedad que le llevó al sepulcro. El Sr. Espino era pobre, muy pobre; la no percepcion de su asignacion durante muchos meses, la miseria á que por

Buscadle, pues, en los barrios miserables en los que se ocultan sus sufrimientos á vuestras miradas, enviadle vuestros hijos é hijas desde el seno de las conferencias de S. Vicente de Paul. Habreis cumplido una obligacion para con vuestros hijos enseñándoles las punzantes necesidades de la vida, y habreis enviado al

la situacion del pais estaba reducida su parroquia; los muchos feligreses pobres que habian sido atacados del tifus; y, sobre todo, su ardiente caridad y abnegacion fueron causa de que la enfermedad le encontrara desprovisto de toda clase de recursos. Al aperebirse de ello sus parroquianos, se apresuraron á depositar en la casa rectoral auxilios de todo género, rivalizando todos en generosidad; y entre ellos un infeliz jornalero que ganaba cinco reales diarios, se presentó derramando lágrimas á una de las personas más íntimas del enfermo, y le dijo: «Señor, yo quiero ver á mi cura, yo quiero contribuir tambien á la curacion de su enfermedad. Yo dejaré todas las noches debajo de su almohada media peseta, y para ello no fumaré, y mi familia pasará hambre, porque quiero mejor mi muerte que la del Sr. D. Genaro.» Ante tan hermosas palabras, han de ser por necesidad pálidos cuantos comentarios pudieran hacerse.

pueblo misioneros de paz y de civilizacion.

¿Cómo venció Jesucristo, sino demostrando la fraternidad por el sacrificio? Los que quieran compartir la mision de la Iglesia, que sigan el camino trazado por el Evangelio, y harán más por la conciliacion de los espíritus, que con irrefutables demostraciones de la fraternidad del capital y del trabajo, que por muy verdaderas que sean, encuentran innumerables incrédulos.

IX.

Para que desaparezcan completamente las preocupaciones que pudiera abrigar la clase obrera, es indispensable dirigirse muy especialmente á las generaciones jóvenes. Ellas entran en la vida sin las prevenciones de los que las han precedido, y están ávidas de ciencia y de progreso. Multipliquemos los buenos libros, instruyámoslas, iniciémoslas en todas las nuevas combinaciones del trabajo y del crédito. Instruyámonos nosotros mismos para que, si se presenta al sofisma, podamos incontinenti refutarle. ¿Será posible que en el campo libre de la discusion, la verdad, armada de la ciencia y de la abnegacion, pueda ser vencida por el error? Seguramente que no; pero siempre á condicion de no limitar su accion al estrecho círculo de los negocios personales, siguiendo la máxima de: *cada uno para sí; Dios y el*

Estado para todos. El cristiano no puede desentenderse del bien de sus hermanos y de la sociedad en cuyo seno vive.

¿Qué más hacer para mejorar la conciencia y la inteligencia de las generaciones jóvenes? El niño recibe su primera educación en la escuela. A los doce ó trece años entra de aprendiz, y emplea en aprender un oficio cuatro ó seis años de su vida. ¿Hay un espectáculo más simpático y conmovedor que el de ese pobre niño que aborda tan joven la ruda existencia del trabajo? En París y en otros puntos de Francia y de Bélgica, la sociedad de San Vicente de Paul, la titulada de los aprendices, dirigida por los Hermanos de las escuelas, y muchas otras instituciones, poseen establecimientos en los que tienen organizada una protección inteligente y afectuosa en provecho de estos jóvenes. Debiendo ellos pasar el tiempo en los talleres, acuden allí los días en que están desocupados, todos los domingos y aun los jueves, y después de las prácticas religiosas y agradables instrucciones,

se consagran á un honesto recreo. De esta manera conservan las buenas doctrinas y principios aprendidos en la niñez, son preservados de los vicios y disipacion á que en tales días se consagra el pueblo, contraen hábitos de moderacion y economía, y su espíritu adquiere cada dia mayor cultura y más estensos conocimientos. Dichas instituciones les protejen tambien, cuando hay necesidad, contra las exigencias irracionales que pudieran tener los amos. ¡Cuanto bien no podríamos hacer planteando instituciones semejantes entre nosotros!

Pero el jóven llega á ser obrero, el aprendizaje no responde ya á sus necesidades, y esta situacion es la que ofrece más dificultades en la generosa aunque penosa empresa de su elevacion material y moral. Dueño de su salario y no contenido por nadie, entra fácilmente en el torbellino; por regla general, es víctima de la imprevision y del desórden, y olvida los buenos hábitos que le abririan el camino del bienestar.

Cuando un joven de nuestras campiñas armado de su virtud, pero falto de experiencia, teniendo ante sí todas las seducciones del lujo y todas las tentaciones del hambre, llega á un centro de poblacion, lejos de las ternuras del hogar doméstico, es bien pronto presa ó de placeres groseros ó de conspiraciones terribles.

Hombres de fé y de corazon han preparado en algunos puntos para estos jóvenes en círculos cristianamente organizados, las dulzuras de la amistad, los placeres de la inteligencia, á la vez que las previsoras combinaciones de la economia moderna; en una palabra, todo cuanto puede proporcionarles, con aumento de bienestar, los puros goces de la familia y las dulces esperanzas del cielo.

Los poderosos y los ricos del mundo deben comprender la importancia de la educacion del obrero cristiano, deben manifestarle sus simpatías por magníficas generosidades, y deben hacerlo por Jesucristo y aun por su propio bien temporal, porque el bienestar social es una

consecuencia del establecimiento del reino de Dios en las almas.

La Iglesia tiene el derecho de reclamar su concurso. Esta santa esposa de Jesucristo ha bautizado á los bárbaros, ha creado las sociedades de la edad media, y, en los actuales tiempos, consagra su autoridad á un trabajo fecundo. El augusto anciano del Vaticano va á reunir bien pronto al rededor de su cátedra sagrada el Episcopado de todo el mundo para estudiar con él nuestras agitaciones actuales, nuestras crisis sociales, nuestras luchas modernas.

Con la verdad evangélica en nuestras manos, la ternura de Jesucristo en nuestros corazones, vayamos al pueblo, á los pequeños, á los humildes, conduzcámosles al pié de la cruz, delante del Tabernáculo, y allí con el esfuerzo comun levantaremos el edificio del porvenir. La nave de la Iglesia, levantando los anclas y desplegando sus velas, segun una bella expresion, cruzará los escollos, y sobre las espu-

mantes oñas de nuestras sociedades, llevará la fé antigua y la civilizacion nueva en la fraterna reconciliacion de la fortuna y del trabajo del obrero y del rico cristiano.

X.

Como complemento y confirmacion de las consideraciones expuestas, vamos á transcribir un magnífico pasage de Augusto Nicolás (1) en el que desenvuelve de una manera sólida y elocuente la explicacion que dá la Iglesia á la cuestion social.

«La fé nos dice: Por más que hagamos, habrá siempre pobres entre nosotros, y habrá tambien siempre ricos. La desigualdad de las condiciones resulta de la sociedad misma, que no puede existir sin esta mútua dependencia de los hombres entre sí, que igualmente les aprovecha; porque los ricos son útiles á los pobres, los pobres son útiles á los ricos y la sociedad es necesaria á todos.

(1) *Le Protestantisme et toutes les heresies dans son relation avec le socialisme, Lib. I. chap. VI.*

Por confusion que aparezca en esta sociedad, hay un orden anterior y ulterior que viene á darle un sentido. Todos nosotros venimos de un padre culpable; todos vamos á un Padre justo y omnipotente. Responsables de un pasado funesto, capaces de hallar justicia en un porvenir remunerador, el desorden del estado pasagero que se halla entre estos dos términos se rectifica en ellos mismos, y viene á ser un orden admirable, pues constituye la expiacion y la prueba: la expiacion, que es el orden del crimen; la prueba que es el orden de la virtud; la expiacion que repara, la prueba que prepara; las dos, que forman la armonía del mundo moral.

Esta armonía, este orden, cuya existencia nos garantiza nuestra conciencia misma, y que demuestra nuestro propio anhelo en buscarla, en acusarnos unos á otros de su violacion, en acusar de ella á la sociedad, en acusar á su Autor; este orden, que su-

pone el desorden mismo, en vano le buscaremos en la única posesion de los bienes de este mundo, y en la estricta economía de su reparticion; solo lograremos aumentar el desorden en nosotros y en cuanto nos rodea, proponiéndolos por término exclusivo de los deseos y de la satisfaccion del corazon del hombre; porque este corazon, más grande que todos aquellos bienes, vendrá siempre á romper su equilibrio, é introducir el desorden en su posesion. Mas busquemos ese orden más allá con los ojos de la fé, y le veremos aparecer perfecto é infinito como nuestros deseos; y como garantía de su certitud, le veremos tambien aquí en la tierra.

¡Bienaventurados los pobres resignados porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Bienaventurados los ricos misericordiosos porque encontrarán misericordia! hé ahí el orden en el porvenir. Mas veámosle tambien de pronto y por esto mismo en lo presente:

la riqueza respetada por la resignacion del pobre, y en vista del reino de los cielos; la pobreza socorrida por la caridad del rico, en vista de este mismo reino. Dando así el mismo precio y un precio infinito, á la resignacion y á la caridad, la fé cristiana hace de un solo golpe, y lo uno por lo otro, la felicidad de la tierra y del cielo; pues procura á la vez el alivio temporal de los pobres, sin perjudicar su dicha eterna; la salud eterna de los ricos sin menoscabar su dicha temporal; y el bienestar de la humanidad por medio de estas mismas riquezas, que son las grandes fuentes de su corrupcion.

¡Y bajo que forma tan encantadora ofrece el cielo á la tierra estas grandes verdades! Ved al pobre Lázaro en el seno de la gloria; escuchad los lúgubres gemidos del mal rico que se dirigen á él del fondo del abismo, para pedirle una gota de aquella agua que le habia negado en vida, y de la que, sin embargo, está sediento por toda la eterni-

dad: «Hijo mio, le responde el Padre de los creyentes, acuérdate que durante la vida tu habias recibido los bienes y Lázaro los males; á él toca, pues, ahora el ser consolado, y á tí el sufrir.»

Pero otra voz más soberana se deja oír á los ricos misericordiosos, introduciéndoles entre los Lázaros resignados: «Venid, dice, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo; porque yo tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era extranero, y me disteis acogida; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y venisteis á consolarme. Pues cuantas veces habeis practicado estas cosas con el más pequeño de vuestros hermanos, os digo en verdad que otras tantas lo habeis hecho conmigo.»

¿De quién es esa voz? Es la voz del Rico por esencia, y del Pobre por amor; la voz de Dios hecho pobre para enseñarnos el pre-

cio de la pobreza, mientras él ofrecia el de su opulencia; es la voz de Aquel que, nacido en un establo y muerto en una Cruz, hizo que se abrasaran y se penetraran mutuamente la pobreza y la riqueza, abrazándolas y penetrándolas él mismo con su amor, transfigurándolas en su sufrimiento y en su misericordia, y coronándolas la una por la otra con su felicidad inmortal; es la voz de Aquel que, despues de haber regenerado los pueblos modernos con esta sublime doctrina, los ha educado sobre las rodillas de su Iglesia, y los llama ahora á su regazo, como el águila alarmada llama á sus pequeñuelos en la proximidad de la tormenta.

Por descarriados, por dispersos que nos hallemos entre las nieblas y en la noche de nuestros sistemas, esta voz nos debe reunir y hacer volver á la unidad de la fé, sino queremos ir á perdernos para siempre en los últimos abismos de la barbarie.»

FIN.

LIBROS PUBLICADOS

POR LA

PROPAGANDA CATÓLICA.

¿Para qué sirve la Religion? por el Padre Damas de la Compañía de Jesús, traducido por la Redaccion de «La Propaganda Católica». Siendo muchos los pedidos que se han hecho de este importante folleto, ha habido que hacer una segunda edicion, la que cuesta mas cara por hacerse aparte de la Revista, por cuya razon ha habido que levantar los precios y son los siguientes: 4 cuartos folleto, 5 reales docena y 38 rs. ciento dentro de la capital; y 6 rs. docena y 46 rs. ciento fuera de ella y franco de porte.

Credo ó Refugio del Cristiano en los actuales tiempos, por J. Gaume, Protonotario apostólico, traducido por E. M., se vende á 10 cuartos ejemplar, y 12 rs. docena dentro de la capital: 14 rs. docena fuera de ella y franco de porte.

La Iglesia y los Obreros por E. M., se vende á 4 cuartos folleto: 5 rs. docena y 38 rs. el ciento dentro de la capital: 6 rs. docena y 46 rs. ciento fuera y franco de porte.

Inmediatamente se publicarán sin interrup-

cion los demás folletos dados á luz por el R. P. Damas.

En la Biblioteca de la misma sociedad, se venden ademas los siguientes folletos:

Catecismo de controversia contra los Protestantes y otros enemigos de la Iglesia para uso de las familias católicas por el Dr. D. Juan Gonzalez, dignidad de Chantre de la S. I. M. de Valladolid, á 6 rs. ejemplar.

Respuestas breves y familiares á las objeciones que más comunmente se hacen contra la Religion por el abate Segur, á 2 rs. ejemplar.

La Libertad de Cultos en España, estudio filosófico, politico-religioso, por D. José Antonio Ortiz Urruela, á 3 1/2 rs. ejemplar.

La Revolucion y el Clero por D. José Doncel y Ordáz, á real y medio ejemplar.

El Republicano Anton, diálogo entre el católico Carlos y el republicano Anton á 5 cuartos ejemplar y 6 rs. docena.

El Protestante protestado núm 1.º *Andrés Tunn* por D. Vicente de la Fuente, á 1 real ejemplar y 10 rs. docena.

El Protestante protestado núm. 2.º *La Salvacion del Pecador* por D. Francisco Gomez Salazar, á 5 cuartos folleto y 7 rs. docena.

O Dios ó el Demonio, conversacion animada de dos hijas del pueblo, á 3 cuartos folleto y 4 rs. docena dentro de la capital, y 4 1/2 rs. fuera franco de porte.

Reglamento para la Asociacion de Católicos en España, á 1 real ejemplar.





Blank white label on a dark textured background.

SP